

IX

Una visita al Cuarto Estado.

I

Al día siguiente, el Delfin estaba poco más ó menos lo mismo. Por la mañana, mientras Barbarita y Plácido andaban por esas calles de tienda en tienda, entregados al deleite de las compras precursoras de Navidad, Jacinta salió acompañada de Guillermina. Había dejado á su esposo con Villalonga, después de enjaretarle la mentirilla de que iba á la Virgen de la Paloma á oír una misa que había prometido. El atavío de las dos damas era tan distinto, que parecían ama y criada. Jacinta se puso su abrigo, sayo ó *pardessus* color de pasa, y Guillermina llevaba el traje modestísimo de costumbre.

Iba Jacinta tan pensativa, que la bulla de la calle de Toledo no la distrajo de la atención que á su propio interior prestaba. Los puestos á medio armar en toda la acera desde los portales á San Isidro, las baratijas, las panderetas, la loza ordinaria, las puntillas, el cobre de Alcaraz y los veinte mil cachivaches que aparecían dentro de aquellos nichos de mal clavadas tablas y de lienzos peor dispuestos, pasaban ante su vista

sin determinar una apreciación exacta de lo que eran. Recibía tan sólo la imagen borrosa de los objetos diversos que iban pasando, y lo digo así, porque era como si ella estuviese parada y la pintoresca vía se corriese delante de ella como un telón. En aquel telón había racimos de dátiles colgados de una percha; puntillas blancas que caían de un palo largo, en ondas, como los vástagos de una trepadora; pelmazos de higos pasados, en bloques; turrón en trozos como sillares, que parecían acabados de traer de una cantera; aceitunas en barriles rezumados; una mujer puesta sobre una silla y delante de una jaula, mostrando dos pajarillos amaestrados; y luego montones de oro, naranjas en seretas ó hacinadas en el arroyo. El suelo, intransitable, ponía obstáculos sin fin; pilas de cántaros y vasijas ante los pies del gentío presuroso, y la vibración de los adoquines al paso de los carros parecía hacer bailar á personas y cacharros. Hombres con sargas de pañuelos de diferentes colores se ponían delante del transeunte como si fueran á capearlo. Mujeres chillonas taladraban el oído con pregones enfáticos, acosando al público y poniéndole en la alternativa de comprar ó morir. Jacinta veía las piezas de tela desenvueltas en ondas á lo largo de todas las paredes; percales azules, rojos y verdes, tendidos de puerta en puerta, y su mareada vista le exageraba las curvas de aquellas rúbricas de trapo. De ellas

colgaban, prendidas con alfileres, toquillas de los colores vivos y elementales que agradan á los salvajes. En algunos huecos brillaba el naranjado, que chilla como los ejes sin grasa; el bermellón nativo, que parece rasguñar los ojos; el carmín, que tiene la acidez del vinagre; el cobalto, que infunde ideas de envenenamiento; el verde de panza de lagarto, y ese amarillo tila que tiene cierto aire de poesía mezclado con la tisis, como en la *Traviatta*. Las bocas de las tiendas, abiertas entre tanto colgajo, dejaban ver el interior de ellas tan abigarrado como la parte externa; los horteras de bruces sobre el mostrador, ó vareando telas, ó charlando. Algunos braceaban, como si nadasen en un mar de pañuelos. El sentimiento pintoresco de aquellos tenderos se revela en todo. Si hay una columna en la tienda la revisten de corsés encarnados, negros y blancos, y con los refajos hacen graciosas combinaciones decorativas.

Dió Jacinta de cara á diferentes personas muy ceremoniosas. Eran maniqués vestidos de señora con tremendos *polisones*, ó de caballero con terno completo de lanilla. Después gorras, muchas gorras, posadas y alineadas en percheros del largo de toda una casa; chaquetas ahuecadas con un palo, zamarras y otras prendas que algo, sí, algo tenían de seres humanos sin piernas ni cabeza. Jacinta, al fin, no miraba nada; únicamente se fijó en unos hombres amarillos,

completamente amarillos, que colgados de unas horcas se balanceaban á impulsos del aire. Eran juegos de calzón y camisa de bayeta, cosidas una pieza á otra, y que así, al pronto, parecían personajes de azufre. Los había también encarnados. ¡Oh! el rojo abundaba tanto, que aquello parecía un pueblo que tiene la religión de la sangre. Telas rojas, arneses rojos, collarines y frontiles rojos con madroñaje arabesco. Las puertas de las tabernas también de color de sangre. Y que no son ni una ni dos. Jacinta se asustaba de ver tantas, y Guillermina no pudo menos de exclamar: «¡Cuánta perdición! una puerta sí y otra no, taberna. De aquí salen todos los crímenes.»

Cuando se halló cerca del fin de su viaje, la Delfina fijaba exclusivamente su atención en los chicos que iba encontrando. Pasmábase la señora de Santa Cruz de que hubiera tantísima madre por aquellos barrios, pues á cada paso tropezaba con una, con su crío en brazos, muy bien agasajado bajo el ala del mantón. A todos estos ciudadanos del porvenir no se les veía más que la cabeza por cima del hombro de su madre. Algunos iban vueltos hacia atrás, mostrando la carita redonda dentro del círculo del gorro y los ojuelos vivos, y se reían con los transeuntes. Otros tenían el semblante malhumorado, como personas que se llaman á engaño en los comienzos de la vida humana. También vió

Jacinta no uno, sino dos y hasta tres, camino del cementerio. Suponiales muy tranquilos, y de color de cera, dentro de aquella caja que llevaba un tío cualquiera al hombro como se lleva una escopeta.

—Aquí es—dijo Guillermina, después de andar un trecho por la calle del Bastero y de doblar una esquina. No tardaron en encontrarse dentro de un patio cuadrilongo. Jacinta miró hacia arriba y vió dos filas de corredores con antepechos de fábrica y pilastrones de madera pintada de ocre, mucha ropa tendida, mucho refajo amarillo, mucha zalea puesta á secar, y oyó un zumbido como de enjambre. En el patio, que era casi todo de tierra, empedrado sólo á trechos, había chiquillos de ambos sexos y de diferentes edades. Una zagalona tenia en la cabeza toquilla roja con agujeros, ó con *orificios*, como diría Aparisi; otra toquilla blanca, y otra estaba con las greñas al aire. Esta llevaba zapatillas de orillo, y aquélla botitas finas de caña blanca, pero ajadas ya y con el tacón torcido. Los chicos eran diversos tipos. Estaba el que va para la escuela con su cartera de estudio, y el pillete descalzo que no hace más que vagar. Por el vestido se diferenciaban poco, y menos aún por el lenguaje, que era duro y con inflexiones de josas.

—Chicoooo... *miá éste...* Que te rompo la cara... ¿sabees...?

—¿Ves esa farolona?—dijo Guillermina á su amiga,—es una de las hijas de Ido... Esa, esa que está dando brincos como un saltamontes... ¡Eh! chiquilla... No oyen... venid acá.

Todos los chicos, varones y hembras, se pusieron á mirar á las dos señoras, y callaban entre burlones y respetuosos, sin atreverse á acercarse. Las que se acercaban paso á paso eran seis ú ocho palomas pardas, con reflejos irisados en el cuello; lindísimas, gordas. Venían muy confiadas, meneando el cuerpo como las chulas, picoteando en el suelo lo que encontraban, y eran tan mansas, que llegaron sin asustarse hasta muy cerca de las señoras. De pronto levantaron el vuelo y se plantaron en el tejado. En algunas puertas había mujeres que sacaban esteras á que se orearan y sillas y mesas. Por otras salía como una humareda: era el polvo del barrido. Había vecinas que se estaban peinando las trenzas negras y aceitosas, ó las guedejas rubias, y tenían todo aquel matorral echado sobre la cara como un velo. Otras salían arrastrando zapatos en chancleta por aquellos empedrados de Dios, y al ver á las forasteras corrían á sus guaridas á llamar á otras vecinas, y la noticia cundía, y aparecían por las enrejadas ventanas cabezas peinadas ó á medio peinar.

—¡Eh! chiquillos, venid acá—repitió Guillermina; y se fueron acercando escalonados por secciones, como cuando se va á dar un ataque.

Algunos, más resueltos, las manos á la espalda, miraron á las dos damas del modo más insolente. Pero uno de ellos, que sin duda tenia instintos de caballero, se quitó de la cabeza un andrajo que hacía el papel de gorra, y les preguntó que á quién buscaban.—¿Eres tú del señor de Ido?—El rapaz respondió que no, y al punto destacóse del grupo la niña de las zancas largas, de las greñas sueltas y de los zapatos de orillo, apartando á manotadas á todos los demás muchachos que se enracimaban ya en derredor de las señoras.

—¿Está tu padre arriba?—La chica respondió que sí, y desde entonces convirtiéndose en individuo de Orden Público. No dejaba acercar á nadie; quería que todos los granujas se retiraran y ser ella sola la que guiase á las dos damas hasta arriba. «¡Qué pesados, qué sobones!... En todo quieren meter las narices... Atrás, gateras, atrás... Quitarvos de en medio; dejar paso.»

Su anhelo era marchar delante. Habría deseado tener una campanilla para ir tocando por aquellos corredores, á fin de que supieran todos qué gran visita venía á la casa.

—Niña, no es preciso que nos acompañes—dijo Guillermina, que no gustaba de que nadie se sofocase tanto por ella;—nos basta con saber que están en casa.

Pero la zancuda no hacía caso. En el primer peldaño de la escalera estaba sentada una mujer

que vendía higos pasados en una sereta, y por poco no le planta el zapato de orillo en mitad de la cara. Y todo porque no se apartaba de un salto para dejar el paso libre... «¡Vaya donde se va usted á poner, tía bruja!... Afuera, ó la reviento de una patada...»

Subieron, no sin que á Jacinta le quedaran ganas de examinar bien toda la pillería que en el patio quedaba. Allá en el fondo había dividido dos niños y una niña. Uno de ellos era rubio y como de tres años. Estaban jugando con el fango, que es el juguete más barato que se conoce. Amasábanlo para hacer tortas del tamaño de *perros grandes*. La niña, que era de más edad, había construido un hornito con pedazos de ladrillo, y á la derecha de ella había un montón de panes, bollos y tortas, todo de la misma masa que tanto abundaba allí. La señora de Santa Cruz observó este grupo desde lejos. ¿Sería alguno de aquellos? El corazón le saltaba en el pecho, y no se atrevía á preguntar á la zancuda. En el último peldaño de la escalera encontraron otro obstáculo: dos muchachuelas y tres nenes, uno de éstos en mantillas, interceptaban el paso. Estaban jugando con arena *fina* de fregar. El mamón estaba fajado y en el suelo, con las patas y las manos al aire, berreando, sin que nadie le hiciera caso. Las dos niñas habían extendido la arena sobre el piso, y de trecho en trecho habían puesto diferentes palitos con cuer-

das y trapos. Era el secadero de ropa de las Injurias, propiamente imitado.

«¡Qué tropa, Dios!—exclamó la zancuda con indignación de celador de ornato público, que no causó efecto.—Cuidado donde se van á poner... ¡Fuera, fuera!... y tú, *pitoja*, recoge á tu hermanillo, que le vamos á espachurrar.» Estas amonestaciones de una autoridad tan celosa fueron oídas con el más insolente desdén. Uno de los mocosos arrastraba su panza por el suelo, abierto de las cuatro patas; el otro cogía puñados de arena y se lavaba la cara con ella, acción muy lógica, puesto que la arena representaba el agua. «Vamos, hijos, quitaos de en medio», les dijo Guillermina á punto que la zancuda destruía con el pie el lavadero, gritando: «Sinvergüenzonas, ¿no tenéis otro sitio donde jugar? Vaya con la canalla esta...!»; y echó adelante resuelta á destruir cualquier obstáculo que se opusiera al paso. Las otras chiquillas cogieron á los mocosos, como habrían cogido una muñeca, y poniéndoselos al cuadril, volaron por aquellos corredores.

«Vamos—dijo Guillermina á su guía,—no las riñas tanto, que también tú eres buena...»

II

Avanzaron por el corredor, y á cada paso un estorbo. Bien era un brasero que se estaba encendiendo, con el tubo de hierro sobre las brasas para hacer tiro; bien el montón de zaleas ó de ruedos; ya una banasta de ropa; ya un cántaro de agua. De todas las puertas abiertas y de las ventanillas salían voces, ó de disputa ó de algazara festiva. Veían las cocinas con los pucheros armados sobre las ascuas, las artesas de lavar junto á la puerta, y allá en el testero de las breves estancias la indispensable cómoda, con su hule, el velón con pantalla verde, y en la pared una especie de altarucho formado por diferentes estampas, alguna lámina al cromo de prospectos ó periódicos satíricos y muchas fotografías. Pasaban por un domicilio que era taller de zapatería, y los golpazos que los zapateros daban á la suela, unidos á sus cantorrios, hacían una algazara de mil demonios. Más allá sonaba el convulsivo tiquitique de una máquina de coser, y acudían á las ventanas bustos y caras de mujeres curiosas. Por aquí se veía un enfermo tendido en un camastro, más allá un matrimonio que disputaba á gritos. Algunas vecinas conocieron á doña Guillermina y la saludaban con respeto.

En otros círculos causaba admiración el empaque elegante de Jacinta. Poco más allá cruzáronse de una puerta á otra observaciones picanterías é irrespetuosas. «Señá Mariana, ¿ha visto que nos hemos traído el sofá en la rabadilla? ¡Já, já, já!»

Guillermina se paró, mirando á su amiga. «Esas chafalditas no van conmigo. No puedes figurarte el odio que esta gente tiene á los *poli-sones*, en lo cual demuestran un sentido... ¿cómo se dice? un sentido *estético* superior al de esos haraganes franceses que inventan tanto pegote estúpido.»

Jacinta estaba algo corrida; pero también se reía. Guillermina dió dos pasos atrás, diciendo: «Ea, señoras, cada una á su trabajo, y dejen en paz á quien no se mete con ustedes.»

Luego se detuvo junto á una de las puertas y tocó en ella con los nudillos.

—La señá Severiana no está—dijo una de las vecinas. ¿Quiere la señora dejar recado?...

—No; la veré otro día.

Después de recorrer dos lados del corredor principal, penetraron en una especie de túnel en que también había puertas numeradas; subieron como unos seis peldaños, precedidas siempre de la zancuda, y se encontraron en el corredor de otro patio, mucho más feo, sucio y triste que el anterior. Comparado con el segundo, el primero tenía algo de aristocrático, y podría

pasar por albergue de familias *distinguidas*. Entre uno y otro patio, que pertenecían á un mismo dueño y por eso estaban unidos, había un escalón social, la distancia entre eso que se llama *capas*. Las viviendas, en aquella segunda *capa*, eran más estrechas y miserables que en la primera; el revoco se caía á pedazos, y los rasguños trazados con un clavo en las paredes parecían hechos con más saña; los versos escritos con lápiz en algunas puertas más necios y groseros; las maderas más despintadas y roñosas; el aire más viciado; el vaho que salía por puertas y ventanas más espeso y repugnante. Jacinta, que había visitado algunas casas de corredor, no había visto ninguna tan tétrica y mal oliente. «¿Qué, te asustas, niña bonita?—le dijo Guillermina.—¿Pues qué creías tú, que esto era el Teatro Real ó la casa de Fernán-Núñez? Ánimo. Para venir aquí se necesitan dos cosas: caridad y estómago.»

Echando una mirada á lo alto del tejado, vió la Delfina que por cima de éste asomaba un tenderete en que había muchos cueros, tripas ú otros despojos, puestos á secar. De aquella región venía, arrastrado por las ondas del aire, un olor nauseabundo. Por los desiguales tejados paseábanse gatos de feroz aspecto, flacos, con las quijadas angulosas, los ojos dormilones, el pelo erizado. Otros bajaban á los corredores y se tendían al sol; pero los propiamente salvajes, vivían

y aun se criaban arriba, persiguiendo el sabroso ratón de los secaderos.

Pasaron junto á las dos damas figuras andrajosas, ciegos que iban dando palos en el suelo, lisiados con montera de pelo, pantalón de soldado, horribles caras. Jacinta se apretaba contra la pared para dejar el paso franco. Encontraban mujeres con pañuelo á la cabeza y mantón partido, tapándose la boca con la mano envuelta en un pliegue del mismo mantón. Parecían moras; no se les veía más que un ojo y parte de la nariz. Algunas eran agraciadas; pero la mayor parte eran flacas, pálidas, tripudas y envejecidas antes de tiempo.

Por los ventanuchos abiertos salía, con el olor de fritangas y el ambiente chinchoso, murmullo de conversaciones dejosas, arrastrando toscamente las sílabas finales. Este modo de hablar de la tierra ha nacido en Madrid de una mixtura entre el dejo andaluz, puesto en moda por los soldados, y el dejo aragonés, que se asimilan todos los que quieren darse aires varoniles.

Nueva barricada de chiquillos les cortó el paso. Al verles, Jacinta y aun Guillermina, á pesar de su costumbre de ver cosas raras, quedaron pasmadas, y hubiérale dado espanto lo que miraban, si las risas de ellos no disiparan toda impresión terrorífica. Era una manada de salvajes, compuesta de dos tagarotés como de diez y doce años, una niña más chica, y otros

dos *chavales*, cuya edad y sexo no se podía saber. Tenían todos ellos la cara y las manos llenas de chafarrinones negros, hechos con algo que debía de ser betún ó barniz japonés del más fuerte. Uno se había pintado rayas en el rostro; otro anteojos; aquél bigotes, cejas y patillas, con tan mala maña, que toda la cara parecía revuelta en heces de tintero. Los pequeñuelos no parecían pertenecer á la raza humana, y con aquel maldito tizne extendido y resobado por la cara y las manos, semejaban micos, diablillos ó engendros infernales.

—¡Malditos seáis...!—gritó la zancuda, cuando vió aquellas fachas horrorosas.—¡Pero cómo os habéis puesto así, sinvergüenzones, indecetes, puercos, marranos...!

—En el nombre del Padre...—exclamó Guillermina persignándose.—¡Pero has visto...?

Contemplaban ellos á las damas, mudos y con grandísima emoción, gozando íntimamente en la sorpresa y terror que sus espantables cataduras producían en aquellas señoríticas tan requetefinas. Uno de los pequeños intentó echar la zarpa al abrigo de Jacinta; pero la zancuda empezó á dar chillidos: «Quitarvos allá, despartaisos, gorrinos, asquerosos... que mancháis á estas señoras con esas manazas.»

—¡Bendito Dios!... Si parecen caníbales... No nos toquéis... La culpa no tenéis vosotros, sino vuestras madres, que tal os consienten... Y si

no me engaño, estos dos gandulones son tus hermanos, niña.

Los dos aludidos, mostrando al sonreír sus dientes blancos como leche y sus labios más rojos que cerezas entre el negro que los rodeaba, contestaron que sí con sus cabezas de salvaje. Empezaban á sentirse avergonzados y no sabían por dónde tirar. En el mismo instante salió una mujeraza de la puerta más próxima, y agarrando á una de las niñas embadurnadas, le levantó las enaguas y empezó á darle tal solfa en salva la parte, que los castañetazos se oían desde el primer patio. No tardó en aparecer otra madre furiosa, que más que mujer parecía una loba, y la emprendió con otro de los mandingas á bofetada sucia, sin miedo á mancharse ella también. «Canallas, cafres, ¡cómo se han puesto!» Y al punto fueron saliendo más madres irritadas. ¡La que se armó! Pronto se vieron lágrimas resbalando sobre el betún, llanto que al punto se volvía negro. «Te voy á matar, grandísimo pillo, ladrón...» «Estos son los condenados charoles que usa la seña Nicanora. Pero, ¡re-Dios! seña Nicanora, ¿para qué deja usted que las criaturas...?»

Una de las mujeres que más alborotaban, se aplacó al ver á las dos damas. Era la señora de Ido del Sagrario, que tenía en la cara sombrajos y manchurroneos de aquel mismo betún de los caribes, y las manos enteramente negras. Tur-

bóse un poco ante la visita: «Pasen las señoras... Me encuentran hecha una compasión.»

Guillermina y Jacinta entraron en la mansión de Ido, que se componía de una salita angosta y de dos alcobas interiores más oprimidas y lóbregas aún, las cuales daban el *quién vive* al que á ellas se asomaba. No faltaban allí la cómoda y la lámina del Cristo del *Gran Poder*, ni las fotografías descoloridas de individuos de la familia y de niños muertos. La cocina era un cubil frío, donde había mucha ceniza, pucheros volcados, tinajas rotas y el artesón de lavar lleno de trapos secos y de polvo. En la salita, los ladrillos tecleaban bajo los pies. Las paredes eran como de carbonería, y en ciertos puntos habían recibido bofetadas de cal, por lo que resultaba un claro-oscuro muy fantástico. Creeríase que andaban espectros por allí, ó al menos sombras de linterna mágica. El sofá de Vitoria era uno de los muebles más alarmantes que se pueden imaginar. No había más que verle para comprender que no respondía de la seguridad de quien en él se sentase. Las dos ó tres sillas eran también muy sospechosas. La que parecía mejor, seguramente la pegaba. Vió Jacinta, salteados por aquellos fantásticos muros, carteles de publicaciones ilustradas, de librillos de papel de fumar y cartones de almanaques americanos que ya no tenían hojas. Eran años muertos.

Pero lo que mayormente excitó la curiosidad

de ambas señoras fué un gran tablero que en el centro de la estancia había, cogiéndola casi toda; una mesa armada sobre bancos, como la que usan los papelistas, y encima de ella grandes paquetes ó manos de pliegos de papel fino de escribir. A un extremo, los cuadernillos apilados formaban compactas resmas blancas; á otro, las mismas resmas ya con bordes negros, convertidas en papel de luto.

Ido extendía sobre el tablero los pliegos de papel abiertos. Una muchacha, que debía de ser Rosita, contaba los pliegos ya enlutados y formaba los cuadernillos. Nicanora pidió permiso á las señoras para seguir trabajando. Era una mujer más envejecida que vieja, y bien se conocía que nunca había sido hermosa. Debió de tener en otro tiempo buenas carnes; pero ya su cuerpo estaba lleno de pliegues y abolladuras como un zurrón vacío. Allí, valga la verdad, no se sabía lo que era pecho, ni lo que era barriga. La cara era hocicuda y desagradable. Si algo expresaba, era un genio muy malo y un carácter de vinagre; pero en esto engañaba aquel rostro, como otros muchos que hacen creer lo que no es. Era Nicanora una infeliz mujer de más bondad que entendimiento, probada en las luchas de la vida, que había sido para ella una batalla sin victorias ni respiro alguno. Ya no se defendía más que con la paciencia, y de tanto mirarle la cara á la adversidad debía de prove-

nirle aquel alargamiento de morros que la afeaba considerablemente. La *Venus de Medicis* tenía los párpados enfermos, rojos y siempre húmedos, privados de pestañas, por lo cual decían de ella que *con un ojo lloraba á su padre y con otro á su madre*.

Jacinta no sabía á quién compadecer más, si á Nicanora por ser como era, ó á su marido por crearla Venus cuando se *electrizaba*. Ido estaba muy cohibido delante de las dos damas. Como la silla en que doña Guillermina se sentó empezase á exhalar ciertos quejidos y á hacer despezos, anunciando quizás que se iba á deshacer, D. José salió corriendo á traer una de la vecindad. Rosita era graciosa, pero desmedrada y clorótica, de color de marfil. Llamaba la atención su peinado en sortijillas, batido, engomado y puesto con muchísimo aquel.

—¿Pero qué hace usted, mujer, con esa pintura?—preguntó Guillermina á Nicanora.

—Soy *luter*.

—Somos *luteranos*—dijo Ido sonriendo, muy satisfecho por tener ocasión de soltar aquel chiste, que era viejo y había sido soltado sin número de veces.

—¡Qué dice este hombre!—exclamó la fundadora horrorizada.

—Cállate tú y no disparates—replicó Nicanora.—Yo soy *luter*, vamos al decir; pinto papel de luto. Cuando no tengo otro trabajo, me

traigo á casa unas cuantas resmas, y las enluto mismamente como las señoras ven. El almacenista paga un real por resma. Yo pongo el tinte, y trabajando todo un día, me quedan seis ó siete reales. Pero los tiempos están malos, y hay poco papel que teñir. Todas las luterías están paradas, señora... porque, naturalmente, ó se muere poca gente, ó no les echan papeletas... Hombre—dijo á su marido, haciéndole estremecer,—¿qué haces ahí con la boca abierta? *Desmiente.*

Ido, que estaba oyendo á su mujer, como se oye á un orador brillante, despertó de su éxtasis y se puso á *desmentir*. Llamaban así al acto de colocar los pliegos de papel unos sobre otros, escalonados, dejando descubierta en todos una fajita igual, que es lo que se tiñe. Como Jacinta observaba atentamente el trabajo de D. José, éste se esmeró en hacerlo con desusada perfección y ligereza. Daba gusto ver aquellos bordes, que por lo iguales parecían hechos á compás. Rosita apilaba pliegos y resmas, sin decir una palabra. Nicanora hizo á Jacinta, mirando á su marido, una seña que quería decir: «Hoy está bueno.» Después empezó á pasar rápidamente la brocha sobre el papel, como se hace con los estarcidos.

—Y las suscripciones de entregas—preguntó Guillermina,—¿dan algo que comer?

Ido abrió la boca para emitir pronta y juiciosa respuesta á esta pregunta; pero su mujer tomó

rápidamente la palabra, quedándose él un buen rato con la boca abierta.

—Las suscripciones—declaró la *Venus de Médicis*—son una calamidad. *Aquí, José*, tiene poca suerte... es muy honrado y le engaña cualquiera. El público es cosa mala, señoras, y suscriptor hay que no paga ni aunque le arrastren. Luego, como el mes pasado perdió *aquí* (este *aquí* era D. José) un billete de cuatrocientos reales, el encargado de las obras se lo va cobrando, descontándole de las primas que le tocan. Por esto, naturalmente, nos hemos atrasado tanto, y lo poco que se apaña se lo birla el casero.

Ido, desde que se dijo aquello del billete perdido, no volvió á levantar los ojos de su trabajo. Aquel descuido que tuvo le avergonzaba como si hubiera sido un delito.

—Pues lo primero que tienen ustedes que hacer—indicó la Pacheco,—es poner en una escuela á esos dos tagarotes y á la berganta de su niña pequeña.

—No los mando, porque me da vergüenza de que salgan á la calle con tanto pingajo.

—No importa. Además, esta amiguita y yo daremos á ustedes alguna ropa para los muchachos. Y el mayor, ¿gana algo?

—Me gana cinco reales en una imprenta. Pero no tiene formalidad. Cuando le parece deja el trabajo y se va á las becerradas de Getafe ó de Leganés, y no parece en tres días. Quiere ser

torero, y nos trae crucificados. Se va al matadero por las tardes, cuando degüellan, y en casa, dormido, habla de que si puso las banderillas á *porta-gayola*...

—Y usted—preguntó Jacinta á Rosita,—¿en qué se ocupa?

Rosita se puso muy encarnada. Iba á contestar, pero su madre, que llevaba la palabra por toda la familia, respondió:

—Es peinadora... Está aprendiendo con una vecina maestra. Ya tiene algunas parroquianas. Pero no le pagan, naturalmentē... Es una sosona, y como no le pongan los cuartos en la mano, no hay de qué. Yo le digo que no sea *panoli* y que tenga genio; pero... ya usted la ve. Como su padre, que el día que no le engaña uno le engañan dos.

Guillermina, después de sacar varios bonos, como billetes de teatro, y dar á la infeliz familia los que necesitaba para proveerse de garbanzos, pan y carne por media semana, dijo que se marchaba. Pero Jacinta no se conformó con salir tan pronto. Había ido allí con determinado fin, y por nada del mundo se retiraría sin intentar al menos realizarlo. Varias veces tuvo la palabra en la boca para hacer una pregunta á D. José, y éste le miraba como diciendo: «estoy rabiando porque me pregunte usted por el *Pituso*». Por fin decidióse la dama á romper el silencio sobre punto tan capital, y levantándose

dió algunos pasos hacia donde Ido estaba. Este no necesitó más que verla venir, y saliendo rápidamente del cuarto, volvió al poco con una criatura de la mano.

III

—¡El Dulce Nombre!...—exclamó la Pacheco viendo entrar aquel adefesio, y todos los demás lanzaron una exclamación parecida al mirar al niño, con la cara tan completamente pintada de negro, que no se veía el color de su carne por parte alguna. Sus manos chorreaban betún, y en el traje se habían limpiado las suyas, asquerosísimas, los otros muchachos. El *Pitusin* tenía el cabello negro. Sus labios rojos, sobre aquel chapapote, superaban al coral más puro. Los dientecillos le brillaban cual si fueran de cristal. La lengua que sacaba, por tener la creencia de que todo negrito, para ser tal negrito, debe estirar la lengua todo lo más posible, parecía una hoja de rosa.

—¡Qué horror!... ¡Ah, tunantes!... ¡Bendito Dios! ¡cómo le han puesto!... Anda, ¡que apañado estás!...—Las vecinas se enracimaban en las puertas riendo y alborotando. Jacinta estaba atónita y apenada. Pasáronle por la mente ideas extrañas: la mancha del pecado era tal, que aun á la misma inocencia extendía su sombra; y el

maldito se reía detrás de su infernal careta, gozoso de ver que todos se ocupaban de él, aunque fuera para escarnecerle. Nicanora dejó sus pinturas para correr detrás de los bergantes y de la zancuda, que también debía de tener alguna parte en aquel desaguisado. La osadía del negrito no conocía límites, y extendió sus manos pringadas hacia aquella señora tan maja que le miraba tanto. «Quita allá, demonio... quita allá esas manos», le gritaron. Viendo que no le dejaban tocar á nadie, y que su facha causaba risa, el chico daba patadas en medio del corro, sacando la lengua y presentando sus diez dedos como garras. De este modo tenía, á su parecer, el aspecto de un bicho muy malo que se comía á la gente, ó por lo menos que se la quería comer.

Oyóse el pie de paliza que Nicanora, hecha una veneno, estaba dando á sus hijos, y el gemir de ellos. El *Pituso* empezó á cansarse pronto de su papel de mico, porque eso de no poder pegarse á nadie tenía poca gracia. Lo mejor que podía hacer en su situación desairada era meterse los dedos en la boca; pero sabía tan mal aquel endiablado potaje negro, que pronto los hubo de retirar.

—¿Será veneno eso?—observó Jacinta alarmada.—Que lo laven; ¿por qué no lo lavan?

—Pues estás bonito, Juanín—dijole Ido.— ¡Y esta señora que te quería dar un beso!

Avida de tocarle, la Delfina le agarró un mechón de cabello, lo único en que no había pintura. «¡Pobrecito, cómo está!...» De repente le entraron á Juanín ganas de llorar. Ya no enseñaba la lengua; lo que hacía era dar suspiros.

—¿Pero ese Sr. Izquierdo, no está?—preguntó á Ido Jacinta llevándole aparte.—Yo tengo que hablar con él. ¿Dónde vive?

—Señora—replicó D. José con finura,—la puerta de su domicilio está cerrada... herméticamente, muy herméticamente.

—Pues quiero verle, quiero hablar con él.

—Yo lo pondré en su conocimiento—repuso el corredor de obras, que gustaba de emplear formas burocráticas cuando la ocasión lo pedía.

—Ea, vámonos, que es tarde—dijo impaciente Guillermina.—Otro día volveremos.

—Sí; volveremos... Pero que lo laven... ¡pobre niño! Debe de estar en un martirio horrible con ese emplásto en la cara. Di, tontín, ¿quieres que te laven?

El *Pituso* dijo que sí con la cabeza. Su aflicción crecía, y poco le faltaba para romper á llorar. Todas las vecinas reconocieron la necesidad de lavarle; pero unas no tenían agua y otras no querían gastarla en tal objeto. Por fin una mujer agitanada y con faldas de percal rameado, el talle muy bajo, un pañuelo caído por los hombros, el pelo lacio y la tez crasa y de color de *terra-cotta*, se pareció por allí de repente, y

quiso dar una lección á las vecinas delante de las señoras, diciendo que ella tenía agua de sobra para *despercudir* y *chovelar* á aquel ángel. Se le llevaron en burlesca procesión, él delante, aislado por su propio tizne, y ya con la dignidad tan por los suelos, que empezaba á dar *jipios*; los chicos detrás haciendo una bulla infernal, y la tarasca aquella del moño lacio amenazándolos con *endiñarles* si no se quitaban de en medio. Desapareció la comparsa por una puerquísima y angosta escalera que del ángulo del corredor partía. Jacinta hubiera querido subir también; pero Guillermina la sofocaba con sus prisas. «¿Hija, sabes tú la hora que es?»

—Sí; nos iremos... Lo que es por mí, ya estamos andando —decía la otra sin moverse del corredor, mirando á la techumbre, en la cual no veía otra cosa que el horrible tinglado donde colgaban los cueros puestos á secar. Entre tanto, la fundadora, á pesar de su mucha prisa, entablaba una rápida conversación con D. José.

—¿No tiene usted ya nada que hacer en casa?

—Absolutamente nada, señora. Ya están *dementidas* las últimas resmas. Pensaba yo ahorairme á dar una vuelta y á tomar el aire.

—Le conviene á usted el ejercicio... perfectamente. Pues oiga usted: al mismo tiempo que se orea un poco, me va á hacer un servicio.

—Estoy á la disposición de la señora.

—Se sale usted á la Ronda... tira usted para

abajo, dejando á la izquierda la fábrica del gas. ¿Entiende usted?... ¿Sabe usted la estación de las Pulgas? Bueno, pues antes de llegar á ella hay una casa en construcción... Está concluida la obra de fábrica y ahora están armando una chimenea muy larga, porque va á ser *sierra mecánica*... ¿Se va usted enterando? No tiene pérdida. Pues entra usted y pregunta por el guarda de la obra, que se llama Pacheco... lo mismo que yo. Usted le dice: «Vengo por los ladrillos de doña Guillermina.»—Ido repitió, como los chicos que aprenden una lección:

—Vengo por los ladrillos, etc...

—El dueño de esa fábrica me ha dado unos setenta ladrillos, lo único que le sobra... poca cosa; pero á mí todo me sirve... Bueno; coge usted los ladrillos y me los lleva á la obra... son para mi obra.

—¿A la obra?... ¿Qué obra?

—Hombre, en Chamberí... mi asilo... ¿Está usted lelo?

—¡Ah! perdone la señora... cuando oí la obra, creí al pronto que era una obra literaria.

—Si no puede usted de un viaje, emplee dos.

—O tres ó cuatro... tantísimo gusto en ello... Si necesario fuese, naturalmente, tantos viajes como ladrillos...

—Y si me hace bien el recado, cuente con un hongo casi nuevo... Me lo han dado ayer en una casa, y lo reservo para los amigos que me ayu-

dan... ¿Con que lo hará usted? Hoy por ti y mañana por mí. Vaya, abur, abur.

Ido y su mujer se deshacían en cumplidos, y fueron escoltando á las señoras hasta la puerta de la calle. En la de Toledo tomaron ellas un simón para ganar tiempo, y el bendito Ido se fué á cumplir el encargo que la fundadora le había hecho. No era una misión *delicada* ciertamente, como él deseaba; pero el principio de caridad que entrañaba aquel acto lo trocaba de vulgar en sublime. Toda la santa tarde estuvo mi hombre ocupado en el transporte de los ladrillos, y tuvo la satisfacción de que ni uno solo de los setenta se le rompiera por el camino. El contento que inundaba su alma le quitaba el cansancio, y provenía su gozo casi exclusivamente de que Jacinta, en aquel ratito en que le llevó aparte, le había dado un duro. No puso él la moneda en el bolsillo de su chaleco, donde la habría descubierto Nicanora, sino en la cintura, muy bien escondida en una faja que usaba pegada á la carne para abrigarse la boca del estómago. Porque conviene fijar bien las cosas... Aquel duro, dado aparte, lejos de las miradas famélicas del resto de la familia, era exclusivamente para él. Tal había sido la intención de la señorita, y D. José habría creído ofender á su bienhechora interpretándola de otro modo. Guardaría, pues, su tesoro, y se valdría de todas las trazas de su ingenio para defenderlo de las mi-

radas y de las uñas de Nicanora... porque si ésta lo descubría, ¡Santo Cristo de los Guardias...!

Pasó la noche en grandísima intranquilidad. Temía que su mujer descubriese con ojo perspicaz el matute que él encerraba en su cintura. La maldita parecía que olía la plata. Por eso estaba tan azorado y no se daba por seguro en ninguna posición, creyendo que al través de la ropa se le iba á ver la moneda. Durante la cena estuvieron todos muy alegres; tiempo hacia que no habían cenado tan bien. Pero al acostarse volvió Ido á ser atormentado por sus temores, y no tuvo más remedio que estar toda la noche hecho un ovillo, con las manos cruzadas en la cintura, porque si en una de las revueltas que ambos daban sobre los accidentados jergones la mano de su mujer llegaba á tocar el duro, se lo quitaba, tan fijo como tres y dos son cinco. Durmió, pues, tan mal, que en realidad dormía con un ojo y velaba con el otro, atento siempre á defender su contrabando. Lo peor fué que viéndole su mujer tan retortijado y hecho todo una *ese*, creyó que tenía el dolor espasmódico que le solía dar, y como el mejor remedio para esto eran las friegas, Nicanora le propuso dárselas, y al oír tal proposición temblaronle á Ido las carnes, viéndose descubierto y perdido. «Ahora sí que la hemos hecho buena», pensó. Pero su talento le sugirió la respuesta, y dijo que no tenía ni pizca de dolor, sino frío, y sin

más explicaciones se volvió contra la pared, pegándose á ella como con engrudo, y haciéndose el dormido. Llegó por fin el día y con él la calma al corazón de Ido, quien se acicaló y se lavó casi toda la cara, poniéndose la corbata encarnada con cierta presunción.

Eran ya las diez de la mañana, porque con aquello de lavarse *bien* se había ido bastante tiempo. Rosita tardó mucho en traer el agua, y Nicanora se había dado la inmensa satisfacción de ir á la compra. Todos los individuos de la familia, cuando se encontraban uno frente á otro, se echaban á reir, y el más risueño era D. José, porque... ¡si supieran...!

IV

Echóse mi hombre á la calle, y tiró por la de Mira el Río baja, cuya cuesta es tan empinada que se necesita hacer algo de volatines para no ir rodando de cabeza por aquellos pedernales. Ido la bajó casi como la bajan los chiquillos, de un aliento, y una vez en la explanada que llaman el *Mundo Nuevo*, su espíritu se espació como pájaro lanzado á los aires. Empezó á dar resoplidos, cual si quisiera meter en sus pulmones más aire del que cabía, y sacudió el cuerpo como las gallinas. El picorcillo del sol le agradaba, y la contemplación de aquel cielo azul,

de incomparable limpieza y diafanidad, daba alas á su alma voladora. Candoroso é impresionable, D. José era como los niños ó los poetas de verdad, y las sensaciones eran siempre en él vivísimas, las imágenes de un relieve extraordinario. Todo lo veía agrandado hiperbólicamente, ó empequeñecido, según los casos. Cuando estaba alegre, los objetos se revestían á sus ojos de maravillosa hermosura; todo le *sonreía*, según la expresión común que le gustaba mucho usar. En cambio cuando estaba afligido, que era lo más frecuente, las cosas más bellas se afeaban volviéndose negras, y se cubrían de un velo... pareciale más propio decir *de un sudario*. Aquel día estaba el hombre de buenas, y la excitación de la dicha haciale más niño y más poeta que otras veces. Por eso el campo del *Mundo Nuevo*, que es el sitio más desamparado y más feo del globo terráqueo, le pareció una bonita plaza. Salió á la Ronda y echó miradas de artista á una parte y otra. Allí la puerta de Toledo, ¡qué soberbia arquitectura! A la otra parte la fábrica del gas... ¡oh prodigios de la industria!... Luego el cielo espléndido y aquellos lejos de Carabanchel, perdiéndose en la inmensidad, con remedos y aun con murmullos de Océano... ¡sublimidades de la Naturaleza!... Andando, andando, le entró de improviso un celo tan vehemente por la instrucción pública, que le faltó poco para caerse de espaldas ante